

Daniel Pennac

# EL SEÑOR MALAUSSÈNE



En el barrio de Belleville confluyen todas las razas, todas las edades, todas las lenguas, todas las religiones, todos los colores, todos los perfumes, todos los oficios de tres al cuarto, todas las músicas, todos los frutos, todas las verduras, todas las cocinas de esas colinas del nordeste de París. Es una novela que rebosa de amor a la vida, donde caben locos y cuerdos, y cuyo único enemigo es la sociedad de los pretendidos vencedores, obsesionados por las apariencias, la falsedad y la vanagloria.

*Para Odile Lagay-Préaux  
y Christian Mounier.*

*A Belleville (o a lo que queda).  
En la esfumada sonrisa  
de Robert Doisneau*

*Hagan ojos, señores, no ve más*  
**Christian Mounier**

Que un diluvio de agradecimientos caiga sobre François Dousset y Jean-Philippe Postel; si ellos no saben por qué, el autor lo sabe. Por lo que se refiere a Roger Grenier, Jean-Marie Laclavetine y Didier Lamaison, gracias les sean dadas por su innnnnmensa paciencia.

## I. EN HONOR DE LA VIDA

*«¿Es usted capaz de escribir, Malaussène? No, ¿verdad? Claro que no...  
Pues entonces, dedíquese a lo rollizo,  
un bebé por ejemplo; ¡sería tan bonito,  
un hermoso bebé!».*

## 1

El niño estaba clavado en la puerta como un pájaro de mal agüero. Sus ojos de luna llena eran los de una lechuza.

Ellos eran siete, y subían los peldaños de cuatro en cuatro. Naturalmente, ignoraban que esta vez les habían clavado un mocoso en la puerta. Creían haberlo visto todo y corrían, pues, hacia la sorpresa. Dos rellanos más y un Jesucristo de seis o siete años les cerraría el paso. Un niño-dios clavado vivo en una puerta. ¿Quién podía imaginar algo así?

Belleville les había hecho ya pasar por todas, ¿qué más podía hacerles? Habían sido recibidos a golpes de carnaza y mondaduras, hordas femeninas les habían arañado el rostro lanzando sus yuyús, cierto día habían tenido que despejar seis pisos de un rebaño de corderos, unos centenares de ovejas enamoradas, acompañadas por carneros celosamente polígamos, otra vez habían encontrado el edificio desierto, abandonado a reculones por una marea humana que, vaciar por vaciar, se había aliviado el vientre en cada peldaño. Aquella gloriosa alfombra fue una novedad para ellos tras las madrugadas en que la mierda caía directamente del cielo sobre sus bien alineadas cabezas de agentes judiciales.

Todo, Belleville se lo había hecho todo, pero nunca — ¡ni una sola vez! — se habían visto obligados a abandonar el lugar sin haber abierto la puerta que habían ido a abrir, embargado los muebles que habían ido a embargar, expulsado a los indeseables que les habían ordenado expulsar. Eran siete y nunca fracasaban. El Derecho estaba de su lado. Más aún, ellos eran el Derecho, los pseudópodos de la Ley, los caballeros del retracto, los sagrados custodios del umbral de la tolerancia. Habían realizado para ello largos estudios, cultivado su espíritu y aprendido a controlar sus

emociones. Poco les importaba aquella inútil resistencia, aquella fantasía de la desesperación. Y sin embargo, tenían alma. Y buenos músculos rodeándola. Distribuían golpes o palabras de consuelo, a voluntad del cliente, pero hacían lo que debían hacer, siempre. Eran humanos, en suma, espléndidos animales sociales.

Incluso tenían nombres. El ujier se llamaba La Herse, el señor abogado La Herse de la calle Saint-Maur, su estudiante en prácticas se llamaba Clément, también los cuatro mozos tenían nombres, y sobre todo el cerrajero, un apodo que solo pronunciaban escupiendo en el suelo de Belleville: Cissou la Nieve. Cissou la Nieve, el ábrete-sésamo del embargo, la ganzúa de la expulsión, el salvoconducto favorito del bufete La Herse.

La pregunta de cómo podía Cissou seguir viviendo en Belleville, si actuaba en todas las expulsiones, brotaba a veces en el espíritu de maese La Herse, pero nunca hacía mucho caso. Siempre habría polizontes que serían abucheados, profes burlados, tenores silbados y ujieres que disfrutarían del odio que inspiraban. ¿Por qué no un cerrajero-va-ciador en la acera de los sin-techo? Cissou debía de obtener así su lote de emociones fuertes. Eso pensaba maese La Herse en su prudente realismo.

Subían, pues, hacia el pequeño crucificado, con el alma en paz y al acecho el espíritu. El silencio tendría que haberles preocupado, pero en estos edificios de Belleville todo comenzaba siempre por el silencio. Estaban acostumbrados a formar equipo, confiaban en sus reflejos. Subían corriendo, era su marca de fábrica. Trabajaban deprisa y sin vacilaciones. El estudiante Clément corría delante, seguido por su patrón y por los cuatro mozos. Detrás, Cissou corría también, aunque pesara sesenta buenos años de infamia.

Maese La Herse no descubrió, de buenas a primeras, al niño, solo el rostro del estudiante en prácticas Clément.

Que se había petrificado en el rellano del cuarto.

Que se había dado la vuelta de pronto, doblándose en dos como un boxeador alcanzado en el hígado.

Cuyos ojos habían zozobrado en las antípodas.

Cuya boca había adquirido, súbitamente, profundidades de cráter.

De las que había brotado un chorro potente, combado, nogalina de prodigiosa acidez y de notable calidad nutritiva.

Si el joven no tuvo tiempo de controlar la catarata, tampoco a maese La Herse se le ocurrió protegerse. Su propio cruasán con mantequilla volvió a la superficie, seguido de los ocho carajillos que los cuatro mozos se habían echado al colete mientras esperaban la hora legal de la expulsión.

Solo el cerrajero escapó de aquel tiro escalonado.

—Pero ¿qué significa esa cagada?

Fue todo lo que le inspiró su innato sentido de la compasión. En vez de pensar en huir, Cissou la Nieve se abrió paso entre las convulsiones. En el rellano del cuarto, el ujier en prácticas, encogido al pie del muro, actuaba ahora en breves ráfagas destinadas esencialmente a los zapatos de su empleador.

Entonces, Cissou descubrió al niño.

—¡Rediós! —Se volvió y, señalándolo—: ¿Han visto eso?

Pero comprendió, por la calidad de su mirada, que maese La Herse solo veía eso. Era el propio rostro de la revelación. También los mozos lucían jetas seráficas. Ángeles medievales, horrorizados por el reverso de las cosas.

Ahora todos miraban al niño. Pues bien, incluso por entre los manchados dedos del joven pasante, el niño tenía muy mal aspecto. Los grandes clavos de cabeza piramidal —material auténticamente bíblico de acuerdo con la imaginería hollywoodiense— habían debido de pulverizar los huesos, y la carne había estallado a su alrededor. El niño no parecía clavado sino aplastado ante ellos, precipitado contra aquella puerta con una fuerza de otro tiempo.

—Hay por todas partes.

Así se habla de los muertos, de quienes nuestra vida nos dice que ya son solo materia. Grumosa y sanguinolenta, dicha materia alfombraba el rellano mucho más allá del marco de la puerta.

—Ni siquiera le han quitado las gafas.

Sí y, como sucede a menudo, aquel anodino detalle aumentaba inmensamente el horror.

La dilatada mirada del niño se clavaba en la pandilla atravesando el doble aro de sus gafas rosas. Mirada de lechuzas sacrificadas.

—¿Cómo han podido... cómo?

Maese La Herse se descubría, de pronto, hostil a cualquier forma de violencia.

—Miren, todavía respira.

Si podía llamarse respiración a aquel sibilante sonido de pulmones dispersos. Si podía llamarse respiración a aquella espuma rosácea que aparecía en los labios del niño.

—Las manos... los pies...

Ni manos ni pies... Destrozados probablemente por los clavos monstruosos en el interior de la chilaba. Y lo peor de todo era aquella chilaba cuatro veces amputada, que había sido blanca.

—¡La policía, llamen inmediatamente a la policía!

Maese La Herse lanzó su orden al buen tuntún, sin poder apartar su mirada del niño torturado.

—¡Nada de policía!

Era un punto en el que Cissou la Nieve no transigiría.

—¿Desde cuándo la policía?

Uno de sus principios, en efecto: no recurrir nunca a las fuerzas del orden. ¿Desde cuándo, para cumplir su misión, un oficial judicial competente, debidamente juramentado y perfectamente secundado, necesitaba recurrir a la fuerza pública?

Tras ello, el viejo cerrajero escrutó tranquilamente el rostro del pequeño mártir.

Entonces, el niño habló. Con claridad, pero como un alma que emprende ya el vuelo.

El niño dijo:

—No entrarán.

Cissou frunció el entrecejo.

—¿Puede saberse por qué?

El niño dijo:

—Dentro es mucho peor.

Era difícil imaginar respuesta más disuasoria. No conmovió al cerrajero. Paseando una tranquila mirada por la masa sanguinolenta, se limitó a preguntar:

—¿Puedo probarlo?

Sin esperar la autorización, hundió profundamente su índice en la llaga que desgarraba la chilaba sobre el costado derecho del niño, lo lamió con cuidado, chasqueó la lengua y concluyó:

—Harissa.

Sus ojos levantados al cielo buscaban matices.

—Harissa... *Ketchup*...

Su hocico chascó como el de un entendido.

—Y una pizca de confitura de frambuesa...

Parecía haberse pasado la vida comiéndose a mártires.

—Pero ¿por qué cebollas?

—Para representar la piel —respondió espontáneamente el pequeño—, los pedazos de piel en la puerta, se parecen mucho...

Cissou le miraba ahora con ternura.

—Vamos, tontuelo...

Luego su voz se replegó hasta el fondo de sus entrañas:

—Tendrás derecho a un magnífico descendimiento de la cruz, te lo aseguro.

Ya no sonreía, ahora gruñía, rugía incluso. Rediós, iba a desclavarles aquella pequeña mierda en menos tiempo del necesario para convertirse a la verdadera fe. Rugía y levantó, de pronto, dos manos engarfiadas como la venganza.

Y entonces se produjo el milagro.

Las manos del cerrajero cayeron sobre una chilaba que acababa de entregar su alma.

El niño no estaba ya allí.

El resto del grupo no supo, al principio, por qué Cissou se derrumbaba apretándose el bajo vientre, al igual que no pudo identificar a un niño desnudo en aquella cosa rosada y reluciente que saltaba aullando por encima del cuerpo del estudiante en prácticas Clément y bajaba corriendo la escalera sin resbalar sobre los restos de sus colaciones matinales. Cuando comprendieron por fin que aquella alma llevaba zapatillas de deporte, cuando asociaron el albaricoque bailarín con el culito de un niño más que vivo, era demasiado tarde: las puertas de los rellanos inferiores se habían abierto ante un clamor de chiquillos multicolores que daban escolta al pequeño dios resucitado.

## 2

—¿Y qué más? ¿Y qué más? ¡Sigue! ¡Cuenta cómo entraron en el piso!

—Os lo he dicho ya cien veces. Prescindieron del cerrajero, derribaron la puerta a patadas para desfogar su rabia.

—¡Fractura! ¡Derribó la puerta! ¡Un ujier jurado! ¡La Herse está listo!

—¡Y luego! ¡Y luego!

—Luego se detuvieron por segunda vez, por culpa del olor, claro.

—¡Dos mil seiscientos sesenta y siete pañales! Nouridine, Leila y yo hicimos la colecta, todo Belleville contribuyó: ¡Dos mil seiscientos sesenta y siete pañales llenos hasta el borde!

—¿Y los pusisteis en todas las habitaciones?

—Pusimos incluso uno en la mantequera.

—Un bocadillo de mierda en la mantequera de la viuda Griffard, ¿te das cuenta?

—Y eso no fue todavía lo peor...

—¡Cuenta lo peor, cuéntalo, Cissou!

—¡Cissou, Cissou, cuenta lo peor!

Lo siento, pero es hora ya de que yo, Benjamin Malaussène, responsabilísimo hermano de familia, interrumpa este relato y declare solemnemente que desapruedo la participación de mis hermanos y hermanas en esa jugarreta preparada para empujar al ujier de justicia La Herse a la falta profesional grave.

¿Que qué falta profesional?

Muy sencillo: el piso cuyo mobiliario debía embargar no era el piso en cuya puerta mi hermano más pequeño jugaba al crucificado, sino el de encima, el piso superior, eso es.

La puerta donde profetizaba el micromártir de gafas rosadas era la de la viuda Griffard, propietaria del edificio. De modo que son los muebles de la demandante los que, presa de la emoción, tomó el ujier creyendo embargar al inquilino que ella había señalado a su brazo justiciero. Su pandilla había derribado a patadas la puerta de la patrona y, más grave todavía, maese La Herse hizo desaparecer en su incorruptible bolsillo la pasta en metálico de la viuda, creyendo que se apropiaba del deshonesto dinero depositado allí por un inquilino supuestamente insolvente de la otra ribera del Mediterráneo. A la vista de tan catastrófico expediente, yo, Benjamin Malaussène, protesto solemnemente contra...

—¡Deja de poner morros, Ben! ¿No quieres que Cissou nos cuente lo peor?

Lo quiera o no, el mal está hecho y mi autoridad ha doblado la rodilla.

—Cuéntelo, Cissou, cuéntelo, pero antes de proseguir, pásame el sidí brahim, siento que ya no existo.

La cosa ocurre en el Zèbre, el último cine de Belleville, la mesa está puesta en el escenario y somos dieciocho alrededor del cuscús de Yasmina. Mi propia tribu: Clara, Thérèse, Louna, Jérémy, el Pequeño, Verdún, Es Un Ángel, Julius mi perro y Julie mi Julie, a los que hay que añadir a Cissou la Nieve, claro, nuestra antigua compañera Suzanne, la encargada del Zèbre, y la smala Ben Tayeb al completo que, si las cosas hubieran seguido su curso legal, dormiría esta noche en un piso vacío de cualquier mueble. Dieciocho comensales metidos hasta las cejas en un asunto gravísimo y que, probablemente, se zampaban el último cuscús de la libertad, en el último cine vivo de Belleville.

—Lo peor... —comienza Cissou la Nieve.

(Tendría que decir dos palabras sobre ese comensal...).

—Lo peor fue las moscas.

—¡Pretérito indefinido! —grita el pequeño tras sus gafas rosas— «Fue»: ¡pretérito indefinido del auxiliar ser! Fue: «f-

u-e». Habrías podido decir «fueron» las moscas.

—Admitámoslo —concedió Cissou la Nieve—. ¿Y qué tal vas en cálculo mental, hombrecito? Veamos, dime cuánto hacen dos mil seiscientos sesenta y siete pañales con un contenido medio de trescientos gramos.

—¡Ochocientos kilos de mierda! —aúlla Jérémy.

—Jérémy, estamos comiendo —rechina Thérèse, dejando su tenedor lleno.

—¡Eso es! Ochocientos kilos y cien gramos para la mantequera.

Sí, decididamente Thérèse tiene razón, todo eso es de un gusto execrable. Zambullirse de vez en cuando en alguna ilegalidad bonachona tiene un pase; pero caer en el mal gusto, en ese mentís a la civilización, ¡eso nunca! Es inútil, pues, seguir a Cissou la Nieve en su largo cálculo a cuyo término, produciendo cada gramo de mierda un enjambre de moscas verdes cada seis horas, ochocientos kilos de la misma materia, almacenada durante las tres primeras semanas de un mes de julio canicularísimo en un piso de Belleville (que da a pleno sur y con las ventanas cerradas), producen un número de múscidos que desalienta cualquier aritmética, salvo si se calcula en centímetros el grosor del viviente tapiz colocado así sobre la totalidad de la superficie mural.

El pequeño profeta tenía razón: dentro era mucho peor.

—¡Ah! ¡Lo ves, Benjamin, también tú te tronchas al fin y al cabo!

—No me divierte el relato sino el narrador. Hay una ligera diferencia.

—Que se denomina «el estilo» —precisa Suzanne, que siempre ha tenido la tez rosada y la palabra justa.

—Lo sabemos —dicen los críos—, lo sabemos... ¡Desde que éramos pequeños nos los tocan con el estilo!